

*El culto en los caseríos del área quiché:  
los camahuiles*

ANDRÉS CIUDAD RUIZ  
(Universidad Complutense de Madrid)

Los objetos que me propongo analizar fueron descubiertos en el curso de unas excavaciones desarrolladas sobre el sitio de Agua Tibia, Totonicapán, en las tierras altas del oeste de Guatemala (Ciudad, 1984). Como consecuencia de estos trabajos de campo se puso al descubierto una serie de rasgos culturales que estaban reflejando la vida en un pequeño caserío de finales del período Clásico. En concreto, los elementos más sobresalientes fueron una casa y parte de dos conjuntos habitacionales de carácter doméstico, un *temazcal* o baño de vapor, un horno abierto de cerámica, un pequeño altar y parte de un basurero.

De este conjunto de rasgos más notorios es necesario tratar con algún detenimiento, puesto que las piezas estudiadas se encontraron en ellos, las características fundamentales de uno de los conjuntos de habitación y del cementerio: el primero de ellos estaba formado por los restos de un pequeño aposento secundario incluido en un recinto más amplio, y de él se extrajo diverso material doméstico y la cabeza de un *camahuil*.

El cementerio estaba situado a 11 m. al este de la vivienda, y ocupaba un área de 4,5 por 6 m. de lado. Su emplazamiento en la parte más baja de las laderas de un cerro, hizo que algunos restos aparecieran casi en superficie y, consecuentemente, bastante removidos y dispersos. A pesar de esta dificultad, fue posible identificar los esqueletos de 6 mujeres, 3 hombres y 8 individuos de sexo indeterminado; de ellos, 3 eran adultos jóvenes (21 a 35 años), 12 adultos mayores de 35 años y un niño.

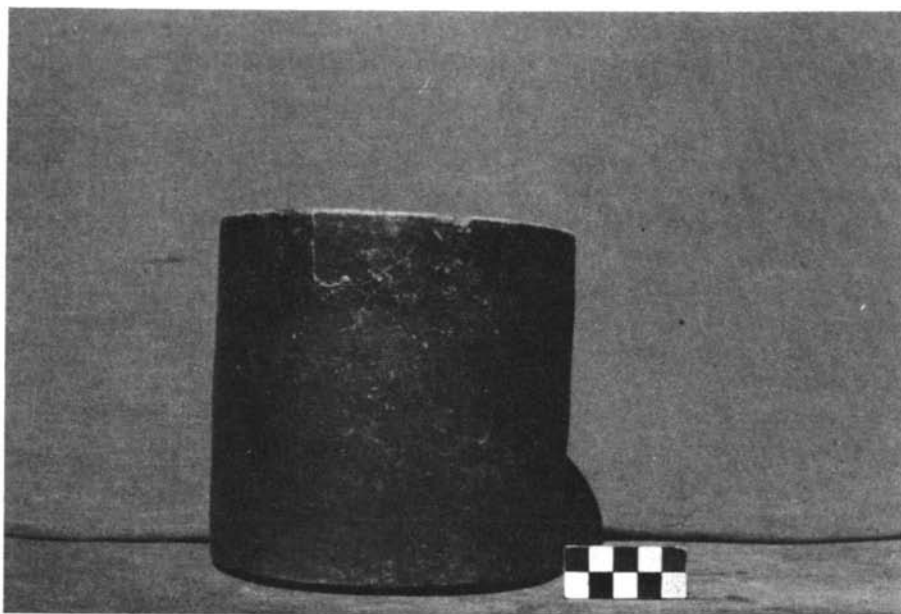


FIG. 1.—Vaso de Tipo Umal Rojo Fino en que se depositaron los camahuiles.

En el interior de un vaso depositado como ofrenda del E-7 se encontraron diez figurillas que, tanto por su tamaño como por su forma y estilo, se les puede incluir bajo la denominación de *camahuiles*: unas estatuillas de piedra muy comunes en el Departamento de El Quiché. Dicho entierro estaba formado por un individuo adulto de sexo indeterminado que apareció en posición flexionada-sentada y orientado al norte. Su ofrenda se componía de dos cuencos de fabricación local, un vaso estucado y un vaso profundo procedente de la Costa Sur de Guatemala (fig. 1). En el interior de este último aparecieron diez figurillas de cerámica calcinadas que pudieron haberse quemado en el transcurso de la ceremonia de inhumación del individuo muerto. En cualquier caso, esta ofrenda no era más compleja que las demás, sino que todas presentaban muchos rasgos en común.

#### ANÁLISIS FORMAL DE LAS FIGURILLAS

En ejemplar extraído en el recinto E-6 es un fragmento de cabeza perteneciente a una estatuilla tallada en gabro que tiene unas

dimensiones de 1,80 cm. de altura; 1,70 cm. de anchura y 1,03 cm. de espesor. Los diez *camahuiles* de cerámica tenían unas dimensiones que oscilaban entre 6 y 7 cm. de altura; 3 y 3,5 cm. de anchura y 1 y 1,3 cm. de espesor.

Su forma presenta un perfil de cuña modificada con el extremo más ancho representando la cabeza y la parte inferior —adelgazada y curvada hacia adelante— las extremidades inferiores, ya que ni siquiera fueron dibujadas las manos y los pies (fig. 2). Las



FIG 2.—Camahuiles de cerámica de la ofrenda E-7.

piezas fueron trabajadas solamente por una de sus caras mediante pequeños y profundos trazos rectos hasta formar una figura humana muy convencional: para separar la cabeza del cuerpo se practicó una línea horizontal. Paralela a ella se trazó otra un tanto quebrada que representaba los brazos doblados y las manos unidas del personaje; una idea que estuvo ampliamente distribuida entre los *camahuiles* y otros objetos de piedra verde confeccionados en diversas regiones de Mesoamérica. En la cabeza se practicaron

dos orificios que permitían ensartarlos y colgarlos de una fina cuerda. El reverso de estos idolillos es plano y no se ha labrado de ninguna manera.

Esta breve descripción de las piezas nos permite establecer un conjunto de características estilísticas que las asemejan con aquellas otras fabricadas en piedra verde de tan amplia distribución por la zona quiché, aunque tal vez sean un poco más esquematizadas en cuanto a la confección y trazado de sus rasgos más sobresalientes y, por consiguiente, den una idea de mayor tosquedad. Otro rasgo común es, por desgracia, que una buena parte de ella se ha encontrado fuera de contexto tempoespacial y cultural, formando parte de colecciones privadas y de puestos de compraventa en los mercados indígenas, lo que constituye un serio obstáculo a la hora de establecer inferencias acerca de su función.

#### DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LAS FIGURILLAS

En las líneas siguientes me dedicaré a analizar la expansión de las estatuillas de esquistó micáceo o esteatita, puesto que aún no dispongo de ninguna referencia acerca de *camahuiles* fabricados en cerámica. La mayor parte de las descripciones que se han hecho sobre ellas se basan en el estudio de colecciones privadas guatemaltecas, razón por la cual tenemos poca idea acerca de su procedencia, a no ser por el vago límite de «zona quiché». Descripciones como las proporcionadas por Gamio (1926/27, XXII: 209, XXIII: 132) o Lothrop (1936: 96; fig. 102) emplazan su uso en torno a Zacualpa, pero no proporcionan detalles sobre las condiciones en que aparecieron. Así pues, sólo podemos contar con la información de tres excavaciones controladas como han sido Zacualpa, La Lagunita y Agua Tibia, la cual será también determinante a la hora de perfilar la funcionalidad de estos objetos.

El primer grupo de *camahuiles* procede de Zacualpa, en concreto del pozo 5 practicado en la Acrópolis del Grupo A, y de las excavaciones del Barranca Central y Sur. En el pozo 5 se encontraron 9 idolillos de esteatita en el interior de una jarra junto con 28 cuentas de jade de diferente tamaño, una placa de jade grabada que tenía forma rectangular y dos perforaciones, junto con otros objetos que formaban parte de una ofrenda fechada en la fase Pokom de Clásico Tardío (Wauchope, 1975: 41-43; figs. 23-24), (ver figs. 3 y 4). Por el contrario, el Barranco Central y Sur

era una zona de enterramiento de carácter secundario y fuera de la órbita ceremonial de Zacualpa, que se formó a partir de rellenos y escombros de diversa índole; por ello los materiales presentan una larga secuencia temporal desde el período Protoclásico hasta el Clásico Tardío. Los *camahuiles* rescatados se asociaban esta vez a ofrendas menos lujosas y materiales ordinarios (Wauchope, 1948: 27).

En La Lagunita se han encontrado más de un millar de figurillas asociadas a rasgos muy diversos y dispuestas de maneras muy variadas. Así, en el lado oeste de la Plaza Ceremonial se encontró una ofrenda de *camahuiles* orientados hacia el oeste y formando un grupo compacto; a su pie, un cuenco quebrado contenía seis piezas de cuarzo y todo ello estaba cubierto por una serie de piedras colocadas de este a oeste. Es decir, una disposición que recuerda la ofrenda núm. 4 de La Venta compuesta por 16 estatuillas de jade y serpentina y 6 hachas que representan una escena ritual. Pero a la vez, también se han descubierto en diversas tumbas como la sala de ofrendas C-48 y en el sarcófago núm. 2, los cuales se asocian tanto a restos humanos como a muy diversas ofrendas. Paralelamente a este ámbito funerario, se encontraron cerca de 1.000 piezas en la Trinchera E, practicada sobre la plaza, donde se asociaban a rasgos muy diversos (Ichon, 1985; 71-72, 74). Todos estos objetos están fechados en el período Protoclásico (Lillá 3).

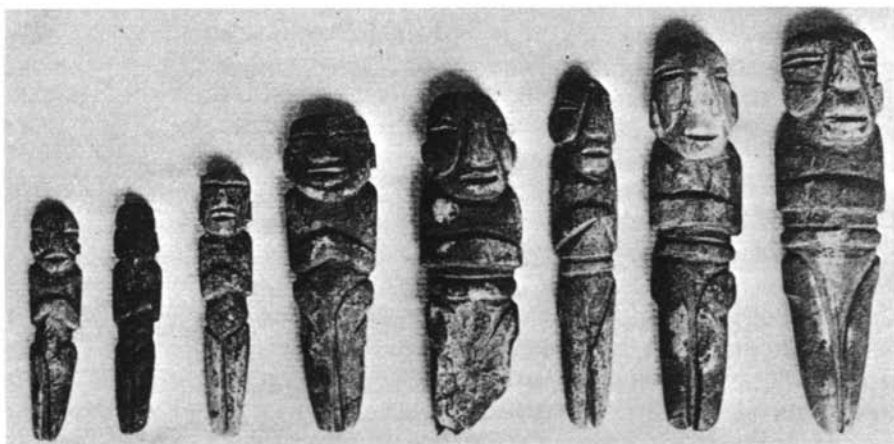


FIG 3.—Camahuiles de Zacualpa.



FIG. 4.—Figurillas de piedra verde descubiertas en Monte Albán (según Caso, 1965: 901).

A partir de estos datos Ichon (1985: 78-79) llega a la conclusión de que (a) tales piezas pueden tener tanto un carácter funerario como multifuncional y que están datados en el Protoclásico o, todo lo más, en el Clásico Temprano; (b) que fueron depositados completos en escondites o cuencos, pero incompletos y quebrados en el relleno de los rasgos arquitectónicos, por lo cual el significado no debió ser el mismo en ambos casos; (c) el número de *camahuiles* asociados a tales ofrendas varía de dos a varios cientos, aunque a veces se asemejan a divindades del panteón maya; (d) son de esquisto (verde) o calcáreo (blanco) y en tamaño decreciente; (e) los detalles de elaboración son muy variables, no existiendo dimorfismo sexual; (f) aunque su significado y papel ritual es desconocido, es significativo que jamás se encuentren en contexto residencial; (g) su difusión está restringida tanto en el espacio —en torno a Santa Cruz del Quiché— como en el tiempo, pensando el autor que todos los *camahuiles* son protoclásicos, y que las piezas asociadas a contextos más tardíos no son sino reutilizaciones.

En Los Encuentros se descubrió un objeto de piedra dura recubierta de hematite especular el cual, aunque diferente en su composición, tratamiento y de menor esquematización, recuerda vagamente a las figurillas de esquisto micáceo, pudiendo ser considerado como un pariente lejano de ellas (Hatch, 1982: 175; figura 99 j).

En definitiva, y según parece desprenderse de estos escasos datos, las figurillas de esquisto o esteatita fueron confeccionadas y aparentemente utilizadas desde el período Protoclásico (Balam I de Zacualpa y 3A de La Lagunita) hasta finales del Clásico Tardío (fase Totonicapán de Agua Tibia) y, casi con seguridad, durante el Postclásico Temprano. Otra característica evidente es que se encuentran asociados tanto a ofrendas y enterramientos como a ambientes poco ritualizados, aunque éstos pertenezcan a contextos diferentes: así, al carácter rural de los objetos de Agua Tibia se contraponen el resto de los *camahuiles* descubiertos en zonas urbanas; por otra parte, hay que diferenciar aquellos que fueron depositados en la periferia de los centros —y por lo tanto mantuvieron estrechos contactos con las prácticas religiosas a nivel popular (Barranco Central y Sur de Zacualpa)—, de los que tienen un carácter ceremonial de mayor importancia (como los incluidos en la Plaza Ceremonial, la Sala C-48 o el sarcófago núm. 2 de La Lagunita).

Dado que la información con que contamos a la hora de interpretar las estatuillas es más bien escasa, y que existen en un ámbito regional más amplio objetos que guardan una estrecha relación con ellas, es interesante dejar constancia de ello, aunque soy consciente de que toda investigación en profundidad tiene que pasar necesariamente por la publicación de los datos obtenidos en La Lagunita.

No cabe duda de que una de las áreas donde es más frecuente el culto a la estatuilla de piedra es en Oaxaca; en Monte Albán, piezas muy semejantes a los *camahuiles* se encontraron en gran número y fueron datadas en el Clásico Temprano, asociándose a tumbas y enterramientos. Caso (1965: 903; figs. 8-12) supone que tanto por la forma de la cabeza como por el tratamiento de tallado de la superficie a base de líneas rectas pueden ser anteriores, y que su culto se perpetuó hasta finales de la secuencia de Monte Albán<sup>1</sup>. De la evidencia arqueológica me interesa resaltar tanto la abundancia de estas estatuillas como su esquematización artística y simplicidad de manufactura (fig. 5), además de su asociación al mundo funerario y su emplazamiento en sitios periféricos y de carácter medianamente importante de la ciudad.

Similares conclusiones pueden deducirse de las excavaciones realizadas por Bernal y Gamio (1974: 18, 20, 43) en los patios A y E del palacio de Yagul, donde se encontraron *penates* en diversos enterramientos los cuales, aunque de talla más realista y de rasgos más diferenciados que los *camahuiles*, se encuentran en relación directa con el estilo mixteca-puebla que tan amplia distribución tuvo en Oaxaca y, según opinan Carmack y Larmer (1971: 4; fig. 4e), en el altiplano guatemalteco.

Estatuillas de semejantes características estilísticas en lo que se refiere a su esquematización y forma son muy frecuentes en la cuenca del río Mezcala, Guerrero (Covarrubias, 1957).

En general, todas las piezas corresponden a estilos locales y mantienen una dilatada gama de variedad aunque, según se deduce de su detallada comparación (Alcina, 1961), presentan una serie de peculiaridades que hacen sospechar de la existencia de un tron-

---

<sup>1</sup> En la época V de Monte Albán (Postclásico Tardío), momento en que ya se ha efectuado la superposición cultural mixteca son frecuentes estos idolillos denominados en las monografías arqueológicas como *penates*, y cuya técnica de confección es muy similar a la empleada en tiempos de Monte Albán III-A.



co común en cuanto a su concepción. Estos rasgos a que hago referencia son:

a) El empleo de piedras con semejantes cualidades de dureza y textura, predominando esquistos, esteatitas y otras piedras de color verde, muy blandas y fáciles de trabajar.

b) La técnica de manufactura es el alisado y modelado.

c) El trabajo de los objetos se aplica en una sola de sus caras mediante trazos firmes y seguros, generalmente rectos, a partir de los cuales se va dando forma a los ojos, nariz, boca, tronco, brazos, manos y piernas.

d) La forma general de las piezas varía de unos sitios a otros desde un perfil típico de hacha o pequeños objetos en forma de paralelepípedo o, como en el caso de los *camahuiles*, de cuña.

e) Su tamaño es reducido, y oscila entre 5 y 20 cm. de longitud.

f) La representación básica es la de figuras humanas, la mayoría de las cuales mantienen los brazos doblados y las manos cruzadas o unidas.

g) En todos los casos se trata de figurillas asexuadas, desechando conscientemente cualquier intento de diseñar órganos sexuales.

h) Las figurillas son muy abundantes en los sitios donde aparecen, poniendo de manifiesto la gran aceptación que tuvieron por parte de la gente.

i) Mayoritariamente se encontraron relacionadas con ofrendas, tanto las piezas pertenecientes a un ámbito rural como las asociadas a centros ceremoniales.

j) En el tiempo, fueron comunes desde finales del Preclásico Tardío hasta el Postclásico Temprano.

k) En el espacio, ocuparon amplias regiones —muchas de ellas contiguas— del centro y sur de Mesoamérica.

Esta gran cantidad de rasgos en común que comparte el culto a la estatuilla de piedra —el cual no sólo afecta a manifestaciones externas sino también a su función— me hace pensar en un precedente aún más antiguo e importante, aunque las semejanzas estilísticas no sean muy fuertes debido a las fronteras tempoespaciales. Es posible, aunque no dispongo de muchos datos que lo corroboren, que algunos de los idolillos olmecas manufacturados en los últimos momentos de ocupación de La Venta (Preclási-

co Medio a Tardío) sean los moldes originarios que después se extendieron, junto con una gran cantidad de elementos culturales, hacia el oeste y sur. Algunas de estas piezas de brazos doblados y manos cruzadas en torno al pecho, que muestran ya vagas huellas de esquematización y se diferencian de aquellas que tienen los brazos sueltos y caras de niño-jaguar, se construyeron en serpentina verde y son muy parecidas a los *camahuiles* de la zona quiché<sup>2</sup>. Tales semejanzas estilísticas y formales se acompañan de otras que afectan al mundo funerario y ceremonial y, a mi modo de ver, pueden constituir el punto de arranque de un culto a la piedra que con el tiempo se va a hacer muy común y popular en una amplia región que afecta al centro y sur de Mesoamérica.

Una hipótesis como la propuesta en estas líneas inmediatas estaría en consonancia con la afirmación de Caso (1965: 903) acerca del carácter olmecoide de ciertas piezas extraídas en Monte Albán, a pesar de pertenecer a un estilo local; o con la idea propuesta por Ichon (1977: 12-15) en lo que respecta a los 14 *camahuiles* encontrados en la ofrenda de la Plaza Ceremonial de La Lagunita por la gran similitud que guardan con la ofrenda núm. 4 de La Venta, a pesar de que existieron 600 años de por medio entre el desarrollo de ambos yacimientos.

#### FUNCIÓN DE LOS CAMAHUILES

No es mi intención realizar un completo estudio comparativo de las estatuillas de piedra verde, pero puede ser de utilidad repasar qué papel jugaron en el pasado en cada una de las regiones y culturas en que fueron objeto de culto para, a partir de una visión general, establecer la función e importancia de los *camahuiles* encontrados en el altiplano guatemalteco sobre bases más sólidas.

La función de estas estatuillas localizadas en enterramientos olmecas no está del todo clara para Luckert (1976), quien piensa que están representando a hombres —quizás sirvientes— del «reformador verde», como ayudantes que acompañan al individuo

---

<sup>2</sup> Luckert (1976: 120) ha puesto de manifiesto la gran similitud existente entre las figurillas olmecas y dos piezas exhibidas en el Museo Voelkerkunde de Munich con los números 150 y 151, los cuales proceden del área quiché, aunque no se especifica el lugar.

principal con el fin de jugar en el más allá papeles semejantes a los que tuvieron en vida. Por lo que respecta a los objetos, Mezcala (Noguera, 1930: 273) afirma que los *penates* «eran dioses tutelares con funciones comparables a las figuras humanas de barro tan abundantes en las civilizaciones arcaica, tolteca y azteca, o bien eran pequeños amuletos o adornos que se llevaban colgados»; sin embargo, Alcina (1961: 327) supone que estuvieron relacionados con la fecundidad y la fecundación y, en consecuencia, con la agricultura.

Interesante resulta también la opinión de Caso (1965: 913) acerca de que «la maestría de los lapidarios mixtecos demuestra que los toscos *penates* no son sino manifestaciones de un arte al por mayor, hecho quizás por los artesanos para satisfacer las necesidades populares si, como creemos, representan a los antepasados muertos», idea que es igualmente compartida por Paddock (1966: 204; figs. 241-243) en relación con las figurillas de estilo mixteca. En el Templo Mayor de Tenochtitlán se encontró una gran cantidad de idolillos ovalados muy estilizados y confeccionados en piedra verde. Broda (1982) opina que estuvieron relacionadas con el culto al dios de la lluvia Tlaloc, con los *tlatoque*, que eran los servidores de esta deidad identificados con cerros específicos del paisaje. Pueden, por lo tanto, ser definidos como espíritus locales de los cerros, pero también se relacionaron con ofrendas específicas de clan y de linaje a través de la devoción a sus antepasados.

En Guatemala, a pesar de que el número de estatuillas incluidas en colecciones privadas es enorme, sólo disponemos de los escasos datos descritos en párrafos anteriores para su interpretación. Tales idolillos son designados actualmente por los quichés con el nombre de *camahuiles*<sup>3</sup>, acepción que comienza a extenderse en la zona a finales del siglo XIX y ha permanecido inalterada hasta nuestros días; curiosamente, la región afectada por este término es aquella en la que se ha dado una mayor concentración de objetos arqueológicos. Alternando con este nombre existe otro, registrado a comienzos del siglo XX en el área de Chichicastenango, que se ha empleado para designar estos mismos objetos, *alxic*.

La traducción más común que se ha dado a la palabra *Kabavil* y otras de semejantes grafías es la propuesta por Edmonson (1965:

---

<sup>3</sup> *Kabavil*, *qavabil*, *qamavil* y otras grafías semejantes son denominaciones utilizadas en gran parte del área central y este del Quiché: entre Chichicastenango, Rabinal y Joyabaj.

105) como «deidad», «ídolo». El término puede, ocasionalmente, adquirir otros significados según las localidades donde se emplee; así *kabvil* en yucateco se traduce también por «deidad», pero tal vez su uso más frecuente sea el de «señor de la tierra»<sup>4</sup>.

En cuanto a la palabra *alxic*, tan frecuente en los alrededores de Chichicastenango, aparece recogida por Schultze Jena (1954: 57) y traducida por «los dioses pequeños del destino», para diferenciarla de los grandes ídolos —como Pascual Abaj— a los que denomina *ralaj alxic*. Por su parte, Edmonson (1971: 213; nota 7178) estima que la traducción más ajustada es la de «piedras de nacimiento»<sup>5</sup>. Para terminar, Cordan (1962) señala que la palabra *ah-ilix* puede leerse como «guardián», «protector»; y Carmack (1979b: 84) señala que la palabra *alaxic* puede designar el concepto de «linaje».

De todo este conjunto de denominaciones quichés podemos concluir que la traslación más aceptada de la denominación *camahuil* es la de «deidad», «ídolo»; mientras que la de *alxic* es la de «pequeños dioses del destino» o «piedras de nacimiento» coincidiendo ambas con el carácter sagrado y, sobre todo, ceremonial de los objetos. Además, considero necesario recalcar que estas acepciones se han desarrollado en un área geográfica muy limitada que se extiende entre el valle de Chichicastenango y Rabinal, coincidiendo estrechamente con la zona de aparición de las piezas prehispánicas.

Los textos escritos no han sido muy pródigos en esta ocasión a la hora de definir estilística y funcionalmente los objetos analizados. La primera anotación y, quizás, la más sugestiva, aparece en un pasaje del Popol Vuh incluido en los textos referentes a la Cuarta Creación donde, en opinión de Edmonson (1971; 213; nota 7178), se sugiere que tales amuletos fueron concebidos como conmemoraciones ancestrales a parientes ya extintos.

Otros apuntes históricos resultan también explícitos al referirse a las estatuillas aunque, como lo hace Fuentes y Guzmán (1969, I: 74-75), de manera muy general y poco diferenciada: «...hasta el presente siglo ruedan atropadas catervas de idolillos, y muchas de mayor talla que se encuentran a cada paso por las

---

<sup>4</sup> Cordan (1962) lo traduce como el «que cree en la oscuridad», acepción que no parece muy ajustada para Edmonson (1971: 162).

<sup>5</sup> En este sentido, es necesario tener en cuenta la narración recogida por Wauchope (1975: 41) de algunos habitantes de Zacualpa y de otras comunidades cercanas: según ellos, los padres tenían la costumbre de confeccionar una figurilla con motivo del nacimiento de un hijo, escondiéndola en algún lugar para que fuera custodiado a lo largo de su vida.

tierras cultivadas; unos que se tallaron en piedra, y otros que se forjaron de barro cocido. Representan varias y monstruosas figuras de las del hombre, mujer, culebra, tigre y otras bestiales tallas... que eran numerosas las deidades que atribuían a estas asquerosas estatuas». La conclusión a la que parece llegar Fuentes y Guzmán (1969, I: 76) es que estas estatuillas aparecían en tal multitud «...que no cabiendo ya en los adoratorios y casas de sus habitaciones, las colocaban en los montes y en las cavernas y barrancos de sus países... eran la representación de dioses con multitud de funciones pero limitados en fuerza y poder».

En este relato, aunque las piezas no son descritas con la claridad suficiente como para poder identificarlas de manera inequívoca como *camahuiles*, aparecen implícitos algunos rasgos que —como ocurría en el Popol Vuh— pueden ser comprobados a partir de las excavaciones efectuadas en la zona: en primer lugar, su extraordinaria frecuencia en una amplia variedad de contextos culturales en los que, si bien existe una mayor relación con el mundo funerario —ver Edmonson (1971: v. 7170-7178)— aparecen tanto en recintos rurales como urbanos; en rasgos no ceremoniales —como casas y campos— y ceremoniales —como plazas, sarcófagos, adoratorios, cavernas y escondites. Es decir, que en el pasado existió una variada gama de posibilidades en la utilización de tales estatuillas y amuletos. Además, su tosca y convencionalizada concepción puede estar en relación directa con la afirmación de Fuentes y Guzmán en el sentido de que representan dioses con multitud de funciones, pero limitados en fuerza y poder. A mi modo de ver, resulta evidente que la repetición estandarizada y la baja calidad artística y manufacturera de las piezas, no puede estar relacionada con ceremonias especiales o espectaculares que se suelen dedicar a divinidades más importantes y diferenciadas. Estamos ante un culto más asequible, que afectó por igual a todos los individuos, tanto a aquellos de alta condición como a los que ocuparon los estratos más bajos de la escala social.

Siguiendo con la información recopilada, Brasseur de Bourbourg (citado por Bancroft, 1886, III: 481) identificó estos idolillos como espíritus del muerto, que tenían como misión asegurar su presencia cuando el cuerpo fue enterrado, ocasionalmente dentro de una vivienda<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Se puede deducir, por lo tanto, que nos encontramos ante una manifestación de carácter popular del culto a los antepasados: enterramientos ma-

Medio siglo más tarde Schultze Jena (1954) llevó a cabo una serie de estudios en relación con el mundo religioso, calendárico y simbólico de las comunidades del área de Chichicastenango, observando de manera reiterada el uso de estos idolillos de talla muy tosca<sup>7</sup>. En las afirmaciones de este autor aparece implícito un corte en la relación funcional de las estatuillas: aquellas figurillas de piedra que desde el período Protoclásico se venían utilizando en ofrendas y contextos funerarios han pasado con el tiempo, a manos de un grupo de gente más restringido, como lo son los adivinos del área de Chichicastenango. Es bastante posible que el culto detectado a principios de siglo por Schultze Jena tenga poco que ver con aquel desarrollado en la etapa prehispánica, de carácter mucho más general. Sin embargo, sí me parece de extraordinario interés el relato proporcionado por Lothrop (1936: 95), por cuanto que deja constancia de la perpetuación de prácticas religiosas en la zona de Zacualpa<sup>8</sup>. En cualquier caso, la práctica detectada en Chichicastenango y Zacualpa puede ser la consecuencia de un culto a los objetos de los antepasados, que se han encontrado en alguna excavación clandestina o en la labranza de sus propios campos, lo cual explicaría la total ausencia de su uso en otros lugares del área quiché.

#### DISCUSIÓN:

La aparición de figurillas de piedra en contextos muy diferentes durante la etapa prehispánica obliga a una breve recapitulación: es de destacar su carácter predominantemente ceremonial y funerario, utilizándose por amplios segmentos de la sociedad. Su frecuencia ininterrumpida a lo largo del tiempo (desde el Protoclásico hasta finales del Clásico) parece indicar que estos objetos

---

yas en el interior de las viviendas son más frecuentes en casas aisladas y en contextos rituales.

<sup>7</sup> En realidad, Schultze Jena (1954: 57-59) pudo comprobar la utilización indiscriminada tanto de objetos prehispánicos como de piezas de elaboración etnográfica, las cuales actuaban como los ídolos de los lares que acompañan al adivino en sus visitas a los enfermos y a determinados lugares en las montañas donde hacen sus ofrendas, le sirven como ayudantes y guardianes y, sobre todo, son intermediarios entre él y la divinidad superior.

<sup>8</sup> Lothrop (1936: 95) afirma «que piezas de este tipo son muy apreciadas hoy día por los indios. Yo he visto llevarlas a las iglesias y ocultarlas bajo pétalos de flores sobre el suelo mientras sus propios dueños se arrodillaban para rezar».

estuvieron a salvo de la introducción de nuevos cultos y modas y, en consecuencia, permanecieron al margen del culto oficial propiciado e impuesto por la élite de los centros ceremoniales, el cual pudo cambiar de ritual según la procedencia de los grupos que estuvieron establecidos en el poder.

A estas características hay que añadir su repetitividad estilística y la ausencia consciente de órganos genitales, lo cual incide en el carácter indiferenciado de las representaciones a las que se dedicaron. El convencionalismo que se imprime a las figurillas depende, como muy bien supone Wauchope (1948: 28), «del conocimiento de los seres a los que están dedicadas»; de tal manera que este convencionalismo en los rasgos de la deidad simbolizada —unas pocas hendiduras muy toscas— fue suficiente para identificar el referente que pretendían representar. Tal simplicidad formal, manufacturera y estilística, además de su carácter fuertemente repetitivo, sugieren que nos encontramos ante divinidades poco diferenciadas.

Por último, su excesiva divulgación manifiesta que nos encontramos ante manifestaciones utilizadas por segmentos *folk* que, como sospecha Carmack (1979a: 111), fueron comunes en las aldeas y caseríos donde los campesinos vivían dentro de una estructura de clanes y linajes.

¿Cómo explicar entonces su aparición fundamental en centros ceremoniales? Pienso que las estatuillas de piedra vinculadas a esa estructura de clanes y linajes de la gente común, alcanzaron en los pequeños caseríos y poblados la máxima expresión en su relación con el mundo funerario. El análisis de los diccionarios y fuentes escritas quichés indica la posibilidad de que guardaran una estrecha relación con el ciclo vital del hombre, le protegieran desde su nacimiento a lo largo de su vida, y fueran sus valedores y acompañantes al más allá; siendo concebidos en su más importante expresión como conmemoraciones ancestrales —de ahí que las figurillas estén dotadas de un aspecto general de vejez. Estos objetos de culto generalizado fuera de los esquemas que imponía la religión introducida por la élite gobernante, fueron llevados a los centros complejos en ceremonias de importancia<sup>9</sup>.

La aparición de cientos de figurillas en contextos muy diferentes de La Lagunita puede sugerir la existencia de diferentes nive-

---

<sup>9</sup> Una ocasión tal puede ser la muerte de un personaje principal de ese linaje popular, que estuviera jugando un papel relevante en el centro ceremonial en ese momento.

les en la utilización de los *camahuiles*; por ejemplo, las 14 estatuillas encontradas bajo el suelo de la Plaza Ceremonial o en el sarcófago núm. 2, muestran por sí solas esa diferenciación en el ritual. En este sentido, se estaría poniendo de manifiesto una superposición entre la religión oficial centralizada y la popular, propia de una familia o de un linaje ocupante de asentamientos rurales a nivel de caserío o de aldea. Por supuesto, una coincidencia entre el culto oficial y el popular no puede darse a todos los niveles, sino que afecta a un sustrato más profundo e íntimo, que está representado en su plenitud por el culto a los ancestros.

Muy relevante a la hora de determinar la funcionalidad de los *camahuiles* es la evidencia de Zacualpa: su emplazamiento en áreas periféricas del asentamiento, en lugares de relleno y muy secundarios —como el Barranco— deja entrever la posibilidad de que las personas a las que se ofrendaron formaban parte de las capas más bajas en la escala social. Es bastante probable también que estos individuos mantuvieran en uso una gran cantidad de patrones tradicionales propios de la cultura tradicional y campesina.

Es en esta línea como interpreto las piezas recuperadas en Agua Tibia: la aparición de un fragmento de *camahuil* en un recinto perteneciente a un pequeño caserío, sirve como refuerzo a la idea de que nos encontramos ante una manifestación popular, y que dentro de este ámbito no necesariamente tuvieron que estar relacionados con el mundo funerario, sino que también fueron utilizados como amuletos para multitud de funciones y, en última instancia, fueron colocados como ofrendas votivas relacionados con el culto a los antepasados.

Como tales objetos populares las figurillas de cerámica de Agua Tibia presentan una serie de peculiaridades que sumario a continuación: están confeccionadas en cerámica, a diferencia del resto de las piezas conocidas que son de piedra; son aún más esquemáticas y dan un aspecto de mayor tosquedad; todas se concentran en un vaso de la ofrenda del enterramiento E-7; el individuo a ellas asociado es un adulto mayor de 35 años que apareció en una posición flexionado-sentada, y portaba una ofrenda similar a la depositada junto a los otros 15 esqueletos incluidos en el cementerio.

Desgraciadamente, la excavación de viviendas y unidades de habitación en el área es aún muy escasa y, de hecho, Agua Tibia



es el único asentamiento campesino en el que se han encontrado *camahuiles*, pero es presumible que un trabajo más intensivo en estructuras domésticas pueda dar mayor información acerca de su uso e, incluso, permita descubrir otros ejemplares de cerámica e interpretarlos con mayor solidez.

En resumen, pienso que el culto a los *camahuiles* estuvo limitado a parte de la zona quiché, cuyas fronteras más visibles fueron Chamá, la Cuenca del río Chixoy, la región de Nebaj-Chajul y las Verapaces al norte; Zaculeu y Tajumulco al oeste; el valle de Totonicapán y el lago Atitlán al sur y el área de Joyabaj-Rabinal al este. Tal manifestación religiosa afectó a amplias capas de la población prehispánica durante más de 800 años de manera ininterrumpida. El emplazamiento de unos objetos simples, toscos y convencionales en contextos culturales muy amplios correspondientes a casi todos los niveles de la estratificada sociedad maya, sólo puede obedecer al mantenimiento de una idea religiosa común profundamente arraigada en estas clases a que hago referencia; esa idea religiosa es el culto a los antepasados. Pienso que es de este modo como mejor se puede interpretar su localización en lugares prominentes de los centros ceremoniales, en cementerios de carácter secundario dentro de ellos o en casas campesinas: que la gente común asegure su descanso en torno a la casa que siempre ha ocupado y el noble en los lugares claves dentro de los núcleos importantes, no constituye un obstáculo a la hora de rendir homenaje al linaje ancestral al que parecen haber estado dedicadas estas estatuillas; naturalmente, un linaje gobernante ha de tener una ofrenda y habitáculo mucho más grandioso, pero ambos rasgos culturales no están dedicados a otra cosa sino a la perpetuación de las estructuras básicas de parentesco a un nivel de clan y de linaje. Un culto tan general y extendido propició y perpetuó el sistema clasista de la sociedad maya a base de manifestaciones externas de diversa índole, pero sirvió para dar cohesión y fuerza a cada unidad de parentesco que, de esta manera, vio sentada sobre sólidas bases su posición social en el mundo y en la comunidad. En este sentido, los *camahuiles* de cerámica descubiertos en Agua Tibia se constituyen en una versión rural de un culto que afectó a gran parte de las comunidades asentadas en el área antes mencionada, y proporcionan una información suplementaria a un ceremonial que hasta ahora se había puesto de manifiesto en núcleos urbanos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCINA, José:  
1961 Pequeñas esculturas antropomorfas de Guerrero, México, en *Revista de Indias*, año XXI: 295-350, Madrid.
- BANCROFT, H. H.:  
1886 *The native races*, vols. I-III, San Francisco.
- BERNAL, Ignacio, y Lorenzo GAMIO:  
1974 *Yagul: el palacio de los siete patios*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.
- BRODA, Johanna:  
1982 El culto mexica de los cerros y del agua, conferencia presentada en la Escuela de Estudios Profesionales (ENEP), Acatlán, México.
- CARMACK, Robert M.:  
1979a *Historia Social de los quichés*, Seminario de Integración Social Guatemalteca, Ed. José de Pineda Ibarra, Guatemala.  
1979b *Evolución del reino quiché*, Ed Piedra Santa, Guatemala.  
... y Lynn Larmer.  
1971 Quichean art: a mixteca-puebla variant, *Miscellaneous Series*, n.º 23, Museum of Anthropology, University of Northern Colorado, Greeley.
- CASO, Alfonso:  
1965 Lapidary work, goldwork and copperwork from Oaxaca, en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 2: 896-930, University of Texas Press, Austin.
- CIUDAD, Andrés:  
1984 *Arqueología de Agua Tibia, Totonicapán, Guatemala*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- COVARRUBIAS, Miguel:  
1957 *Indian art of Mexico and Central America*, New York.
- CORDAN, Wolfgang:  
1962 *Das busch rates*, Düsseldorf-Köln.
- EDMONSON, Michael:  
1965 *Quiche-English Dictionary*, Middle American Research Institute, Pub. 30, Tulane University, New Orleans.  
1971 *The Book of Counsel: the Popol Vuh of the Quiche maya of Guatemala*, Middle American Research Institute, Pub. 35, Tulane University, New Orleans.
- FUENTES Y GUZMÁN, Francisco A.:  
1969 *Obras históricas de D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*, Ed. Atlas, Madrid.
- GAMIO, Manuel:  
1926-1927 Cultural evolution in Guatemala and its geographic and historical handicaps, en *Art and Archaeology*, vol. XXII: 203-222; XXIII: 16-32, 71-78, 129-133. Washington.
- HATCH, Marion P.:  
1982 Les artefacts: materiel litique et divers, en *Archaeology de sauvetage dans la vallée du río Chixoy: Los Encuentros* (Alain Ichon y Marion P. Hatch, eds.), 173-182, Piedra Santa, Guatemala.

ICHON, Alain:

- 1977 *Les sculptures de La Lagunita. El Quiché, Guatemala*, Ed. Piedra Santa, Guatemala.
- 1985 La fouille du Groupe A de La Lagunita (periode Protoclassique). En *Le Protoclassique à La Lagunita, El Quiche, Guatemala* (A. Ichon y M. C. Arnauld), 13-102, Editorial Piedra Santa, Guatemala.

LOTHROP, Samuel K.:

- 1936 *Zacualpa: a study of ancient quiche artifacts*, Carnegie Institution of Washington, Pub. 472, Washington.

LUCKERT, Karl W.:

- 1976 *Olmec religion: a key to Middle American and beyond*, University of Oklahoma Press, Norman.

NOGUERA, Eduardo:

- 1930 Algunas características de la cerámica de México, en *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, n.s., vol. XXII: 2349-310, Paris.

PADDOCK, John:

- 1966 *Ancient Oaxaca*, Stanford University Press, California.

SCHULTZE JENA, Leonard:

- 1954 *La vida y creencias de los indígenas quichés de Guatemala*, Secretaría de la Opinión Pública, Guatemala.

WAUCHOPE, Robert:

- 1948 *Excavations at Zacualpa, Guatemala*, Middle American Research Institute, Pub. 14, Tulane University, New Orleans.
- 1975 *Zacualpa, El Quiche, Guatemala: an provincial center of the highland Guatemala*, Middle American Research Institute, Pub. 39, Tulane University, New Orleans.